

Por una educación cinematográfica

Norberto Alcover



Hace pocas semanas, escribíamos en estas mismas páginas sobre una película concreta, una más entre tantas y tantas como se proyectan semanalmente en España: *La Pasión de Cristo*, del australiano Mel Gibson. Recordamos el dato porque, con toda seguridad, ninguna otra expresión de la Nueva Evangelización pretendida por Juan Pablo II ha conseguido más

repercusión pública que estos minutos de film. Es decir que, tras tantas idas y venidas de teólogos, pastoralistas y especialistas en evangelización, lo que verdaderamente ha significado incidencia religiosa en tantos y tantos espíritus católicos de este mundo nuestro plural, diferente y confuso, es un producto cinematográfico, elaborado a miles de kilómetros de

nuestras fronteras y según cánones que, en su momento, comentamos como discutibles y hasta peligrosos para una recta comprensión del misterio cristiano. Ésta es la realidad, que no sería oportuno ni discreto eludir con el conocido motivo de que *«pero si es una película, nada más que una película»*, frase en la que, precisamente, se esconde la perversión de la que deseo escribir con detención. Porque la gracia está ahí, repetimos de nuevo, precisamente ahí, en que *estamos solamente ante una película entra tantas otras*. Ni más ni menos.

El nuevo ciudadano europeo

En 2007, la Unión Europea conseguirá una homogeneización educativa en el ámbito universitario como jamás haya sucedido hasta entonces, hasta el punto de que el modelo norteamericano impondrá sus criterios relativos a materias, tiempos y consiguientes currículos del alumno/a. Desde nuestro punto de vista, la consecuencia más relevante es la práctica desaparición de las materias optativas y de libre configuración, en las que se refugiaba la herencia cultural humanística europea, y que nos distinguía un tanto todavía del modelo especialista a ultranza de origen pragmático y uti-

litarista que todo lo arrasa. Desde 2007, se acabó con siglos de historia, de literatura, de filosofía, de arte, de música, pero también con un siglo riquísimo en Medios de Comunicación Social, el inmediato siglo veinte. Parece que el universitario del futuro necesita especializarse en construir aeropuertos, por ejemplo, pero en absoluto necesita la formación básica en la estética cultural sobre la que los europeos hemos construido los grandes monumentos que llenan nuestra geografía. Vale la pena pararse a meditarlo un momento.

El caso es que nos hemos sumergido en esta vorágine decidida en los órganos de la Unión Europea, parece que hasta estamos satisfechos, pero no parece abrirse paso una polémica pública y ciudadana sobre el contenido de la reforma universitaria española, en concreto, y todavía menos sobre el ciudadano que repercutirá y en la sociedad que acabará por engendrar. Estamos hablando de cuestiones mayores: formación de los futuros rectores de nuestra estructura social, política y económica, de tal manera que también estamos hablando del tipo modélico de ciudadano que suscitará envidias y admiraciones entre los sectores menos favorecidos de la población. Estos hombres y estas

mujeres carecerán de referenciales culturales constituyentes del «ser europeo» y también del «ser español» que nos han permitido ser nosotros en la medida en que éramos cada uno. Todo esto se acabó. Y solamente aquellos espíritus dotados de intereses culturales elevados, por razones familiares y personales, permitirán la permanencia en el tiempo y espacio humanos de un ciudadano con sentido de la estética, de la ética y, por ello mismo, del ejercicio de su profesión en beneficio de causas más allá de lo inmediatamente obligado.

Parece evidente que, cuando esta sistemática venga aplicándose durante algún tiempo, la ciudadanía europea y española resultará mucho más dócil para los grandes poderes estructurales, de forma que la misma democracia resulte, a su vez, afectada en las ancianas raíces que la idearon y que la mantienen: las raíces críticas relativas al poder. Los ciudadanos se dedicarán mucho más a *producir para vivir mejor* que a *ser mejores para producir con sentido*. Será la victoria definitiva de aquel «hombre unidimensional» de Hebert Marcuse, ya preanunciado en los ahora detestados años sesenta. Pero, además, todo ello repercutirá en beneficio de la globalización socioeconómica, la única re-

almente existente y en detrimento de las otras posibles. Sin Humanidades Clásicas y Últimas (el universo mediático), la persona será radicalmente diferente y, en consecuencia, también la sociedad cambiará de rostro.

Sin embargo, esta revolución sustancial parece no preocuparnos.

El cine como «humanidad»

Cuanto llevamos escrito nos permite plantear una cuestión ulterior y, a nuestro entender, de enorme alcance para la formación del hombre/mujer europeo, con las evidentes redundancias españolas. En este momento, están perfectamente clasificadas las Humanidades Clásicas, pero suele olvidarse que ellas mismas se han prolongado en unas *Humanidades Últimas*, determinadas por la aparición del universo mediático dominante y conformado por el Cine, Radio, Televisión, Prensa, Música Digital y Moda, las dos últimas un tanto discutibles pero a nuestro juicio perfectamente integrables en el universo mediático. Y todo ello envuelto en el celofán de la Publicidad, punta de lanza mediática de los grandes poderes estructurales.

Estas Humanidades Últimas correrán la misma suerte de las Clá-

sicas en cuanto tales. Incluso, en tantos ambientes anclados en un pasado nostálgico, nadie comentará la cuestión mediática: se trata de espectáculos de medio pelo, sin sustancia estrictamente académica y sin específica incidencia en la sociedad. Por lo tanto, si nadie parece luchar contra el olvido de lo clásico, menos aún se luchará contra el olvido de lo mediático. Entonces, estaremos ante una situación casi apocalíptica: el instrumento utilizado en la cultura contemporánea, tal que el instrumento mediático/audiovisual, para transmitir todo tipo de cultura entre las grandes masas ciudadanas, dejará de estar presente en la universidad como materia a entender y a comprender y a utilizar, de forma que, sin poder evitarlo, el empobrecimiento comunicativo, tanto en emisores como en receptores, será total. Cada vez se nos hará más oscuro el mundo y la gente, a la vez que cada vez tendremos más noticias del mismo mundo y de su gente. Al vaciamiento provocado por la ausencia de las Humanidades Clásicas, se unirá la incomunicación producida por la ausencia de las Humanidades Últimas.

Huelga decir que, desde el punto de vista humanista y cultural, el

Cine aparece como el instrumento vehiculador del mundo y de la gente con mayor fuerza expansiva en cantidad y en calidad. Por ello mismo, en el corazón del problema que venimos analizando, situamos la *ausencia de estudios cinematográficos serios* como un gravísimo interrogante de cara al inmediato futuro. En estos momentos, las películas transmiten la humanidad clásica y última, imponen códigos de conducta personal y social, ofrecen soluciones (las que sean) a los grandes problemas históricos, crean paraísos o infiernos, hasta el punto de que resulta imposible entender y comprender la vida en el planeta donde caminamos sin tales películas, esos productos que, para colmo, se debaten entre la estética personal y la industria cultural sin que sea posible separar ambas dimensiones de toda obra mediática. Es cierto que el lenguaje audiovisual, determinante del cine, es el mismo, en esencia, en el caso de la televisión, de la radio, de la publicidad, de la música grabada, de la moda y hasta de la prensa gráfica, pero sabemos que en el caso cinematográfico alcanza posibilidades expresivas culminantes. En este sentido, un estudio con profundidad del hecho cinematográfico permitiría acceder también al len-

guaje sustancial de los Medios de Comunicación en general.

Europeos y cinematográficos

Seguramente, cuanto hemos expuesto de nada servirá ante las durísimas decisiones emanadas desde la Unión Europea y que, repetimos, se aplicarán obligatoriamente en 2007, también en España. Pero resulta perfectamente clarificado el empobrecimiento que significarán para la conformación personal y colectiva de europeos y europeas, quienes hasta ahora mismo podían jactarse de contar con una tradición excelente y asumida desde el ámbito educativo en todos sus tramos, aunque se tratara de relevancias académicas un tanto mínimas, sobre todo tratándose de estas Humanidades Últimas. Seremos más eficaces como profesionales puntuales, pero también menos personas, menos cultos y con menos preparación para afrontar de forma multidisciplinar el mundo tan complejo que nos espera. Tendremos Títulos, pero sin Humanidades.

Pero nos quedan las películas. No serán objeto de estudio en la Universidad, como era de desear, y sin embargo, permanecerán en tantas y tantas pantallas esparcidas por Europa entera, ahora más

ancha y más amplia. Será cuestión de visionarlas con atención crítica en búsqueda de su *identidad objetiva* (cada película es la que es), pero no menos de su *significado subjetivo* (cada película es la que yo experimento), para concluir goces estéticos, urgencias sociales, visiones inesperadas, interrogantes molestos, y por supuesto, llamadas a una permanente revisión de nuestra fe. Porque si los creyentes estamos convencidos de que Dios está en todo cuanto existe, es preciso admitir que está de forma eminente en el arte del momento, el cine en todas sus variantes, cada vez más amplias.

Todo lo anterior nos lleva a repetir lo que de suyo nos parece que sería óptimo: la inclusión de las Humanidades Clásicas y Últimas en el nuevo espacio universitario europeo, en beneficio de la ciudadanía común. Y, desde aquí, invitamos a los responsables universitarios españoles, a que hagan lo imposible por evitar la desaparición de lo que ya es materia académica al respecto, tomando las iniciativas pertinentes. Sus alumnos/as serán muy diferentes si tienen o carecen de esta dimensión fundamental del ser humano, y tenemos la seguridad de que comprenden perfectamente cuanto está en juego.

En cualquier caso, sugerimos que en la vivencia de nuestra europeidad, tengamos presente que un instrumento vehiculador de tantas y tantas características de nuestro nuevo ámbito histórico, es el cine, las sencillas y asequibles películas, que están ahí, en la calle y, además, en nuestras mismas casas por medio de los DVD y la televi-

sión. Será cuestión de programarse con inteligencia y sin frívolos complejos de superioridad al respecto, para que tales «imágenes para la imaginación» nos permitan acceder al misterio de tantos europeos y al nuestro propio.

Tal será nuestra educación cinematográfica. ■